

SOROKIN, Pitirim A.: "How are Sociological Theories Conceived, Development and Validated?" Reprinted from *Social Science*. Vol. 35. No. 2. April, 1960. pp. 78-91.

En los últimos años se ha despertado, entre los estudiosos de las ciencias sociales, una aguda curiosidad por descubrir cuál es el proceso al través del cual llegan a establecerse ciertas conclusiones válidas capaces de estructurar una teoría sociológica. Sin que haya cumplido aún doscientos años, la Sociología se vuelve sobre sí, reflexiona y trata de descubrir cuáles han sido los caminos que la condujeron a la etapa en la que se encuentra actualmente y, al través de ello, trata de trazar aquellos otros que puedan conducirla a ulteriores metas. La preocupación metodológica que, antes, nunca estuvo totalmente ausente de los esfuerzos sociológicos, cobra, en nuestros días, singular importancia. Tanta mayor importancia cuanto que la sociología misma pasó, en décadas recientes — y sigue pasando en la actualidad en países atrasados académicamente en esta disciplina— por una embriaguez de técnica que, actualmente percibimos que es preciso superar. Y superar mediante una consideración más detenida y profunda de los métodos. Sin ello, la sociología se condenará a sí misma a dar de continuo la vuelta a la noria sin avanzar un paso, repitiendo una y otra vez lo dicho y redicho. Es en esta corriente de explicitación de los procesos de investigación e incluso de auténtica creación sociológica en la que se deja envolver y por la que se deja arrastrar este artículo de Sorokin quien, desde hace tiempo, apunta en sus trabajos (sobre el amor creador) en el sentido de una temática que deseáramos ver inscrita alguna vez como objetivo de un congreso: la Sociología de las Fuerzas Sociales Creadoras.

Es conocida de todos la concepción epistemológica de Sorokin, para quien el conocimiento se logra al través de la integral "puesta en función" de todas las facultades humanas. Puede el conocimiento científico gravitar más pesadamente sobre la racionalidad; pero, Sorokin considera que ni la intuición o la supraconciencia, ni la observación y la misma pura y simple percepción sensorial deben despreciarse. Más aún, el Director del Centro de Investigaciones sobre el Altruismo Creador, de la Universidad de Harvard, piensa que, si no en su totalidad sí en su principio todas las grandes creaciones de los conductores religiosos, de los gigantes de la filosofía, de los artistas eminentes y —más aún— de los más destacados científicos, han sido iniciadas "no por el pensamiento racional o la observación sensorial, sino por la gracia de la intuición, inspiración e iluminación". Afirmación que no nos parecería arriesgada a no ser por la intervención de esa *gracia*, que hace pensar en una "predestinación" de tipo teológico para las grandes realizaciones o en una fatal "predisposición" para la total impotencia religiosa, filosófica, artística o incluso científica. Y si no fuera porque, en nuestra ignorancia de los procesos anímicos que, desde este ángulo, parecen como cualitativamente más importantes, desconocemos si esa mágica, o cuasi-mágica, o esa graciosa inspiración e iluminación no son el producto de un duro trabajo de un ser vuelto en igual proporción hacia sí y hacia el mundo; de un ser que, minuto a minuto, *se* trabaja; de un ser al que no le ha importado, por años y décadas enteras quedarse sin recoger fruto, no obstante su duro esfuerzo, porque quizá presente que, al final, se producirá esa intuición, esa inspiración, esa iluminación que el espíritu religioso querrá considerar como dádiva celeste pero que quizá un observador más ceñido a las realidades palpables tendrá que reconocer fruto de

pena, de esfuerzo, de disciplina, de su misión metodológica, de sacrificado desinterés.

Más concretamente, Sorokin trata de mostrar, en un delineado muy nítido, en un esquema sencillo sin simplificación, cómo se gestan y desarrollan las teorías sociológicas. Y para ello, toma tres ejemplos: 1) el de las uniformidades y factores del suicidio; 2) el de los factores de incremento y decremento del control gubernativo; 3) el de los efectos de las calamidades o catástrofes frustradoras, sobre el comportamiento moral y religioso de individuos y grupos. Uno de los ejemplos tiene en su favor el de ser avalado por la tradición así como por el magisterio de quienes de él trataron. De los restantes, uno, por lo menos, tiene a su favor el estar en máxima cercanía (de creatura a creador) respecto de Sorokin.

No creemos que pueda tardar mucho el reconocimiento que se otorgue al estudio del suicidio en cuanto punto de arranque y en cuanto foco importantísimo de una preocupación que, siendo metodológica, no estuvo reñida sino se supo articular con la instrumentación técnica. Al celebrar una conmemoración durkheimiana pudimos apuntar tal importancia (el estudio de Durkheim, el estudio de Halbwachs, el estudio metodológico del continuador que siguen esperando). Es ahora una voz más autorizada que la nuestra la que subraya esa importancia.

Sorokin nos recuerda cómo, en un estudio de este tipo, no basta un caso sino un número suficiente y representativo, en sentido muestral, de casos; nos señala cómo resultan insuficientes ciertas uniformidades simplistas como la de Hurlburt que liga suicidio y tendencias y ciclos económicos; nos indica cómo es preciso no abusar de las extrapolaciones o cómo utilizarlas metodológicamente para mostrar el absurdo al que conducen (como que el suicidio no desaparece o

tiende a una asíntota al mejorar progresivamente las condiciones económicas); nos recuerda la utilidad de emplear métodos experimentales como los explicados por Mill (el suicidio en pueblos pobres, el suicidio en pueblos prósperos, el suicidio en pueblos que atraviesan crisis económicas); nos hace ver —como antes nos lo hizo ver Durkheim— que el suicidio no es inmediatamente atribuible a condiciones meteorológicas, y que si mediadamente depende de éstas (en cuanto el ciclo estacional condiciona ciertos ciclos de actividad social) no tiene sentido pasar por encima de esa mediatización que justifica el que haya emitido su prescripción de “tratar de explicar siempre lo social por lo social”; apunta hacia la forma en que no puede, de por sí, en forma inmediata y en todos los casos, imputarse a anormalidad mental el suicidio cometido, como que, entre otras cosas, la anormalidad mental y el suicidio pueden ser efectos de una misma causa (por ejemplo, la desorganización social). Y de paso, en esta conexión, cabe recoger con él la observación de que “lo que en cuanto a estado mental es o no es anormal depende, con pocas excepciones (tales como la idiotez), de las condiciones sociales”.

Pero, el largo recorrido que hace por tierras durkheimianas lleva sobre todo a Sorokin a señalar cómo no puede haber teoría causal válida del suicidio que prescindiera de lo social. Resultado rico, visto en la perspectiva de tantas aberraciones previas; pobre en un sentido proyectista porque, finalmente, con el irónico, puede decirse: “Sí, ya sé, en última instancia, todo depende de lo social” o “Bueno, la Sociología ¿no es, pues, sino relacionar todo lo social con lo no-social y esto con aquello? De ahí la necesidad de delimitación de ciertos tipos; necesidad que sintió Durkheim en relación con la Sociedad y en relación con el suicidio. Buscó pues, delimitar ciertos tipos de sociedad; buscó caracte-

rizar ciertos tipos de suicidio. Y buscó, también, qué conexión había entre unos y otros. No ya que la sociedad produce el suicidio, sino que la sociedad A produce el tipo de suicidio A', y que el tipo de sociedad B produce un tipo distinto de suicidio B'. Más aún, como más tarde reconocería Halbwachs —discípulo modelo en Sociología— al revisar la obra de su maestro y descubrir en la propia revisión su discrepancia y su propia concepción de las cosas, se trataría de reconocer que, en muchos casos, lo que podría considerarse abusivamente como un tipo de suicidio no era, en el fondo tal cosa, o que ese suicidio se aproximaba (hasta casi borrar sus fronteras con él) al sacrificio social estudiado por Hubert y Mauss.

Es por ello por lo que Sorokin señala: "Cada uno de los tipos de sociedad genera solamente su propia clase de auto-destrucción y, por tanto sólo es causa de la suya propia. En esta forma, el problema de los modos y factores del suicidio se ha hecho más específica, y las uniformidades proclamadas así como las relaciones causales se confinan dentro de cada tipo de sociedad y su propio tipo de suicidio, sin ser extrapoladas más allá de cada universo especificado" (84). ¿Qué significa esto para el futuro? ¿Con Durkheim y Halbwachs termina la cadena de investigadores metodólogos del suicidio? Indudablemente que no. Habrá que saber más del altruismo, del egoísmo, de la anomia (gracias a contribuciones como las que, en este último sector está haciendo Merton) para llegar a observar dentro de cada uno de ellos, sub-tipos más específicos de sociedad y de suicidio y buscar sus interconexiones. Pero, ¿quiere decir que todo haya de hacerse por el camino de la especificación? No, y ello nos lo muestra, aunque no nos lo diga —en el plano metodológico por lo menos— el propio Sorokin. Sorokin busca cuáles son las uniformidades creadoras de teorías

sociológicas, pero el continuador de Durkheim Halbwachs, Merton... tendrá que volverse algún día de la observación de las uniformidades observadas en campos específicos al replantamiento del problema del suicidio que, de este nuevo examen, saldrá redefinido, no ya en los términos de Durkheim, no ya en los del Halbwachs, ni en los de cualquiera de sus continuadores, sino en otros que, sin embargo, no podrán apartarse totalmente del punto de partida en cuanto todo muestra que ese punto de partida es, en muchos sentidos, válido.

Al examinar el proceso de elaboración de la teoría del suicidio, Sorokin encuentra que la primera operación consiste "en la emergencia de la idea o hipótesis acerca de los factores y uniformidades posibles en el fenómeno del suicidio", que "la segunda consiste en el análisis, lógico, en la clarificación, en la delimitación y desarrollo de la inicial hipótesis tentativa mediante el pensamiento racional, lógico y matemático", que, en tercer término, la operación correspondiente consiste en "la verificación de la hipótesis y las inferencias mediante los datos empíricos relevantes" y en la elección —como preferible— de aquella hipótesis, de entre las alternativas, que esté apoyada por un número mayor de hechos de máxima importancia.

Al pasar del primero al segundo ejemplo, Sorokin pasa de lo ajeno a lo propio —pues ha sido él quien en Sociología ha estudiado los efectos de catástrofes y calamidades sobre la sociedad—. Reconoce, en el pasado, dos teorías que se enfrentan entre sí: la teoría de que el sufrimiento (producido, por ejemplo, por esas calamidades) ennoblecía (Esquilo, Toynbee), y la teoría de que el sufrimiento y la frustración conducen a la agresión (Freud). Los estudios realizados por él mismo le muestran que ninguna de estas teorías es válida aisladamente y que ambas son vá-

lidas si se toma cada una en relación con determinados grupos o individuos. Algunos individuos y grupos son afectados negativamente por las calamidades y se convierten en suicidas, en individuos trastornados, agresivos, atontados, cínicos, etc., mientras otros, en cambio, son afectados positivamente por la frustración y el sufrimiento que les hace redoblar su energía creadora (como muestran Beethoven, Milton, etc.). Es de ahí de donde procede una "ley de polarización" postulada por él y que se confirma gracias a numerosas observaciones empíricas. Esta confirmación por los hechos, necesaria siempre, es etapa a la que no es necesario llegar cuando el mero análisis lógico de la hipótesis la destruye. Y si se nos deja decir una palabra, de pasada, ¿no habría que reconocer en la ley sorokiana de polarización social una confirmación de que no existe un determinismo natural sobre la sociedad, de que a pesar de cuanto se alegue en contrario, la conformación ética de los individuos, apoyada en los convenientes elementos interrelacionales humanos, sigue siendo "la gran divisoria de las aguas"?

Un pequeño artículo, sí, pero un artículo que quizá dé testimonio de que, para Sorokin, ha llegado la hora de volverse sobre su obra y sobre la obra sociológica de sus predecesores y de sus contemporáneos. Que ha llegado para él la hora magnífica de la plenitud y no la de la decadencia, en la que, con justo título se puede ser metodólogo y epistemólogo de la sociología.

*Oscar Uribe Villegas.*

VARIOS: "Problems in Sociological Theory and Methodology" y "Problems in the sociology of Institutions". En *Sociology Today. Problems and Prospects*. Editada por Merton, Broom y Cottrell. Basic Books, Publishers. New York.

Ya hemos tenido ocasión de ocuparnos de la obra editada por Merton, Broom y Cottrell y, más específicamente, de la introducción que el primero de ellos escribió para presentar estos problemas y prospectos de la Sociología actual. Señalamos, en la nota correspondiente, la imposibilidad que había de hacer cualquier otra cosa que no fuera señalar títulos de contribuciones, en una reseña de un libro que, como éste, irradiaba en tantas direcciones. Es por ello por lo que hoy pretendemos aludir, con un poco de menos premura, a las colaboraciones contenidas en sus dos primeras partes.

En la primera parte, se enfrentan los problemas de la teoría y de la metodología sociológica, y los encargados de presentarlos tienen un gran prestigio que les respalda. Talcott Parsons habla de la teoría y Paul Lazarsfeld de la metodología.

Parsons considera que es posible identificar, en el seno de la teoría sociológica, tres grandes núdulos de concentración temática: el análisis de las estructuras sociales, el de los procesos dinámicos de equilibración y el del desarrollo de la personalidad al través de la socialización. Y si los dos primeros apuntan hacia una estática y una dinámica sociales, reconocidas desde antiguo, el tercero parece señalar hacia el contenido más ricamente humano de lo social. Gracias a este último apartado —si se le concibe generosamente— puede pensarse en la posibilidad que tiene la Sociología de salvarse de un puro y simple estructo-funcionalismo para penetrar justificadamente en el campo de lo humanamente significativo y llegar a ser así, no una pura disciplina académica, sino proceso y logro cognoscitivo capaz de cumplir una labor de servicio en favor de los seres humanos.

La diversidad de estos núdulos de concentración temática —no exentos, con